

CLÁSICOS
A MEDIDA

Cantar de Mio Cid

Anónimo

Adaptación de Emilio Fontanilla Debesa
Ilustraciones de Esther Gili

ANAYA

Introducción	5
CANTAR PRIMERO: CANTAR DEL DESTIERRO	
Camino del destierro	13
El Cid consigue dinero de dos judíos de Burgos	17
Despedida en San Pedro de Cardeña	23
El Cid conquista Castejón	30
El Cid conquista y defiende Alcocer	34
Sitian al Cid en Alcocer	39
Siguen las conquistas del Cid	45
El Cid se enfrenta al conde de Barcelona	49
CANTAR SEGUNDO: CANTAR DE LAS BODAS DE LAS HIJAS DEL CID	
La conquista de Valencia	57
El Cid se reúne con doña Jimena	63
El Cid defiende Valencia del rey Yusuf	71
El perdón real	77
Las bodas de las hijas del Cid	86
CANTAR TERCERO: CANTAR DE LA AFRENTA DE CORPES	
El Cid defiende Valencia del rey Búcar	95
La afrenta	103
El Cid pide justicia al rey	114
El Cid presenta sus demandas	122
El reto	128
Reparación de la honra del Cid	135
Apéndice	141



Introducción

El Cid Campeador

Rodrigo Díaz, caballero de las cortes del rey Sancho II de Castilla (1065-1072) y de Alfonso VI de León (1065-1109) y Castilla (1072-1109) nació en Vivar, localidad cercana a Burgos, a mediados del siglo XI, en el seno de una familia de la nobleza menor de Castilla, los llamados infanzones. Sus gestas heroicas, que lo llevaron a dominar casi todo el oriente de la Península Ibérica, lo hicieron merecedor del título de *Campeador* (*campiductor*, en latín ‘el que está en guerra’), al vencer en combate singular al alférez del rey de Navarra, y del apelativo *Cid* o *Mio Cid*, procedente del árabe *sid* (‘señor’), que le aplicaron los musulmanes de Zaragoza, a cuyo servicio luchó durante el primer destierro al que fue castigado por el rey Alfonso VI. Así pues, con el nombre de *El Cid Campeador*, *Mio Cid* o *El Cid* este personaje histórico se convirtió en vida (murió en Valencia en 1099) en una figura legendaria de la Reconquista española y

en el protagonista de crónicas, himnos, narraciones legendarias, romances, obras de teatro, películas, óperas y series de dibujos animados que se han ido creando desde el mismo siglo XI hasta nuestros días.

Los cantares de gesta

La más celebrada de todas estas obras artísticas es, sin duda, el *Cantar de Mio Cid*, primera obra narrativa extensa de la literatura española y única muestra que se conserva, casi completa, en nuestra literatura de los cantares de gesta medievales, obras literarias en verso dedicadas, como su nombre indica, a cantar las gestas o hazañas guerreras de un caballero. Y decimos «cantar» porque se trata de narraciones destinadas al recitado oral por parte de un juglar ante el público y no a la lectura privada e individual, lo que explica buena parte de las características estilísticas de la obra.

Los cantares de gesta cumplían varias funciones en la sociedad castellana de los siglos XII y XIII. Por un lado, satisfacían la necesidad de oír historias de aventuras que es común a todos los pueblos en muy diferentes épocas históricas (y que en la actualidad, por ejemplo, saciamos con las películas de aventuras).

Por otro lado constituían un medio de información (alguna vez se les ha comparado con los telediarios de hoy) de sucesos históricos más o menos recientes.

Y, por último, ayudaban a configurar una mentalidad nacional, una conciencia comunitaria de pertenecer a un mismo pueblo y de compartir, por tanto, una identidad colectiva de carácter político.

El *Cantar del Mio Cid*

El *Cantar de Mio Cid* es buena muestra de lo que decimos. La obra recrea libremente algunos de los sucesos históricos más destacados de los que protagonizó el Cid en la última década de su vida, cuando fue desterrado por segunda vez por el rey Alfonso VI y se dedicó a reconquistar del dominio musulmán las tierras del levante peninsular con autonomía con respecto al poder real, lo que culminó con la conquista de Valencia.

Como no es una crónica histórica rigurosa, sino una obra poética de enorme calidad, los sucesos históricos están conservados, seleccionados, transformados o inventados en función de la intención fundamental de su autor o autores: ensalzar como ejemplo para la comunidad la figura de un infanzón castellano de la frontera con los moros. Este caballero, desde el deshonor que supone su destierro, asciende en poder, riqueza y honor (todo iba unido, en realidad, en la mentalidad de la época) gracias a su esfuerzo personal y a su valentía, frente a una alta nobleza leonesa, representada en el *Cantar* por los enemigos del Cid (los infantes de Carrión y el conde García Ordóñez), cobarde y traidora. De ahí que la obra comience sin antecedentes, con el destierro del Cid (cuyas causas ni siquiera se explican), momento de máxima deshonor del protagonista, a partir del cual irá constantemente ascendiendo, hasta que la afrenta que los infantes de Carrión les causan a sus hijas vuelva a suponer una nueva caída en el proceso, de la que de nuevo se recuperará con la victoria legal frente a ellos y con el triunfo final que supone emparentar con la realeza española.

De esta forma, el Cid es presentado ante el auditorio como un personaje heroico, pero humano, próximo al hombre común, que llora y ríe y siente como cualquiera; moderado y prudente,

capaz de exigir la reparación de las ofensas mediante el derecho y no mediante la venganza; y que, como todos, tiene que ganarse el pan con el sudor de su frente, en vez de vivir de las rentas como la soberbia nobleza leonesa. En otras palabras, como la encarnación de la forma de entender la sociedad de una baja nobleza fronteriza que en el paso del siglo XII al XIII asume la mayor parte de la tarea reconquistadora y desea afianzar en la sociedad sus valores y su poder frente a los de una rancia nobleza de origen astur-leonés, que, acomodada en sus posesiones, ha perdido el antiguo impulso guerrero.

Más allá de la significación de la obra en su época, el *Cantar* conserva para el lector actual logros literarios tales como la capacidad narrativa para presentar a sus ojos la peripecia del Cid con gran realismo y actualización, la pintura fiel de la geografía de una parte de España, la frescura de un estilo sencillo e ingenuo pero lleno de expresividad, la recreación fiel de las formas de vida de una época de nuestra historia y, sobre todo, la capacidad para transmitir y contagiar el espíritu de aventura y de superación de uno de los nombres más legendarios de la historia de España.

Esta edición

Esta edición presenta una adaptación en prosa del *Cantar de Mio Cid*, en la que se ha modernizado y simplificado el complejo castellano medieval, de modo que pueda ser comprendido por un lector joven actual, conservando, eso sí, la mayor fidelidad al original y una gran parte de sus rasgos estilísticos. Solo se han suprimido algunos escasos pasajes muy reiterativos y de carácter secundario con respecto a la trama.

Cantar del destierro





CAMINO DEL DESTIERRO

Cuenta la historia que mandó llamar el Cid a sus amigos, parientes y vasallos y les comunicó que el rey le ordenaba salir del reino en el plazo de nueve días. Y les dijo:

—Amigos, quiero saber cuáles de vosotros queréis venir conmigo. Dios os lo pagará a los que vengáis, pero igualmente satisfecho quedaré con los que aquí permanezcáis.

Habló entonces Álvar Fáñez, su primo hermano:

—Con vos iremos todos, Cid, por las tierras deshabitadas y por las pobladas, y nunca os fallaremos mientras estemos vivos y sanos; en vuestro servicio emplearemos nuestras mulas y nuestros caballos, el dinero y los vestidos; siempre os serviremos como leales amigos y vasallos.

Todos aprobaron lo que dijo Álvar Fáñez y el Cid les agradeció mucho lo que allí se había hablado.

Y en cuanto el Cid hubo recogido sus bienes, salió de Vivar con sus amigos y mandó ir camino de Burgos. Allí dejó su casa vacía y abandonada. Derramando abundantes lágrimas, volvía la cabeza y se quedaba mirándola. Vio las puertas abiertas y los postigos¹ sin candados, las perchas² vacías, sin pieles y sin mantos, sin halcones y sin azores para la caza. Suspiró el Cid, con preocupación, y habló con gran serenidad:

—¡Gracias a ti, Señor, que estás en el cielo! ¡Esto han tramado contra mí mis malvados enemigos!

Se dispusieron a espolear a los caballos, y les soltaron las riendas. A la salida de Vivar, vieron una corneja por la derecha y cuando entraron en Burgos la vieron por la izquierda³. Se encogió de hombros el Cid y sacudió la cabeza:

—¡Alegrémonos, Álvar Fáñez, ya que nos destierran!

El Cid Rodrigo Díaz entró en Burgos, en compañía de sesenta caballeros, cada uno con su pendón⁴. Salieron a verlo mujeres y varones, la ciudad entera se asomó por las ventanas derramando abundantes lágrimas ¡tan fuerte era su dolor!, y diciendo por sus bocas una misma opinión:

—¡Dios, qué buen vasallo, si tuviese buen señor!

Lo convidarían con gusto a su casa, pero ninguno se arriesgaba, pues el rey don Alfonso le tenía gran rabia al Cid. El día de antes había mandado una carta a Burgos, severamente custodiada y debidamente sellada, en la que ordenaba que al Cid Rodrigo Díaz nadie le diese posada y que el que se la diese tuviese por

¹ *Postigo*: puerta pequeña que se abre en otra mayor.

² *Percha*: soporte de madera para colgar la ropa o para sujetar en él las aves para cazar.

³ *Corneja*: ave de pequeño tamaño semejante al cuervo. Durante la Edad Media se utilizaba para predecir el futuro: si volaba de derecha a izquierda era buena señal y si lo hacía de izquierda a derecha, mala.

⁴ *Pendón*: estandarte, pequeña bandera con los elementos personales que diferencian a una casa noble o a un grupo militar.

cierto que perdería sus bienes y también los ojos de la cara, e incluso la vida y el alma. Gran dolor tenían aquellas gentes cristianas; se escondían del Cid, pues no se atrevían a decirle nada.

El Campeador se dirigió a su posada, y al llegar a la puerta, la encontró bien cerrada: por miedo del rey Alfonso así la tenían atrancada, y, a no ser que la forzasen, no la abriría nadie. Los que iban con el Cid con grandes voces llamaron, los de dentro no les respondieron una sola palabra. El Cid se acercó a la puerta, sacó el pie del estribo y le dio una patada, pero no se abrió la puerta, pues estaba bien cerrada.

Entonces una niña de nueve años apareció ante sus ojos:

—¡Oh, Campeador, que en buena hora ceñisteis la espada!⁵ El rey lo ha prohibido, anoche llegó su carta severamente custodiada y debidamente sellada. No nos atreveremos a acogeros por nada del mundo; si no, perderíamos los bienes y las casas, e incluso los ojos de la cara. Cid, con nuestro mal, vos no ganáis nada. ¡Que el Creador os ayude con todas sus mercedes santas!

Esto dijo la niña y se volvió para su casa. Bien vio el Cid que no contaba con el favor del rey. Se alejó de la puerta, atravesó Burgos, llegó a Santa María, y allí descabalgó; se hincó de rodillas y rezó de corazón. Terminada la oración, enseguida el Cid volvió a montar a caballo, salió por la puerta de la ciudad y cruzó el río Arlanzón; al salir de la ciudad paró sobre un pedregal, mandó plantar la tienda y luego bajó del caballo. Sabedlo: el Cid Ruy Díaz, el que en buena hora ciñó la espada, acampó al aire libre con los caballeros que lo acompañaban, pues nadie lo acogió en su casa; así pasó la noche el Cid, como si estuviese en despoblado, en medio del campo.

⁵ *En buena hora ceñisteis la espada*: que fue armado caballero en un buen momento (por el influjo de las estrellas), es decir, que es afortunado.

También le había prohibido el rey comprar comida en Burgos, así que nadie se habría atrevido a venderle ni la ración de un día.

Sin embargo, Martín Antolínez, el ilustre burgalés, les proporcionó pan y vino al Cid y a los suyos; no lo compró en la ciudad, pues era de su hacienda⁶, así que de esta manera los abasteció de todo lo imprescindible. Se alegró el Cid y todos los que estaban a su servicio. Habló entonces Martín Antolínez:

—¡Oh, Campeador, en buena hora nacido! Esta noche descansaremos y seguiremos por la mañana, pues yo también seré acusado. Si con vos escapo sano y vivo, antes o después el rey me volverá a querer como amigo; si no, todo cuanto dejo no me importa un higo.

Habló el Cid, el que en buena hora ciñó la espada:

—¡Martín Antolínez, caballero de intrépida lanza, si yo vivo lo suficiente, os doblaré el sueldo! Gastados tengo todo el oro y toda la plata, ya veis que conmigo no llevo nada, y me haría falta dinero para mantener a quienes me acompañan. Lo lograré por las malas ya que por las buenas no lo conseguiré. Con vuestra ayuda quiero preparar dos arcas, llenarlas de arena, para que sean muy pesadas, cubrirlas de guadamecí⁷ rojizo y cerrarlas muy bien con clavos dorados. Buscad enseguida a los judíos Raquel y Vidas y decidles que como en Burgos me han prohibido comprar y el rey me ha desterrado, no me puedo llevar mis bienes, que son muy pesados; que se los empeñaré por una cantidad justa. Llénenles las arcas de noche, para que no lo vea nadie excepto el Creador con todos sus santos. Contra mi voluntad lo hago, porque otra cosa no puedo hacer.

⁶ *Hacienda*: conjunto de bienes y riquezas, propiedad de alguien.

⁷ *Guadamecí*: piel de carnero, curtida y adornada con relieves, dibujos pintados o dorados, que se utilizaba fundamentalmente como adorno.

EL CID CONSIGUE DINERO DE DOS JUDÍOS DE BURGOS

No se entretuvo Martín Antolínez. Entró en Burgos y en el castillo preguntó por Raquel y Vidas enseguida. Juntos estaban echando cuentas de los dineros que habían ganado. Se acercó a ellos Martín Antolínez y les habló con astucia:

—¿Dónde estáis, Raquel y Vidas, mis queridos amigos? Querría hablar en secreto con ambos.

Sin perder el tiempo, los tres se fueron a un lugar apartado.

—Raquel y Vidas, dadme ambos la mano, en señal del secreto de este nuestro trato, que para siempre os hará ricos y nunca más estaréis necesitados. Sabéis que el Campeador fue enviado a por las parias⁸, trajo muchos y muy valiosos bienes: de todos ellos se quedó con lo de más valor, por esto lo han acusado. Tiene dos arcas llenas de oro puro. Ya sabéis que el rey lo ha desterrado, así que ha dejado sus tierras, sus casas y sus palacios. Las arcas no se las puede llevar, pues sería descubierto, así que el Campeador las dejará en vuestras manos si a cambio le prestáis una cantidad apropiada. No tenéis más que coger las arcas y ponerlas a salvo, pero juradme ambos por vuestra fe que no las registraréis durante todo este año.



⁸ *Parias*: tributo que pagaban algunos de los territorios musulmanes a los reyes cristianos para no ser atacados.

Raquel y Vidas se quedaron deliberando entre ellos:

—Algún provecho sacaremos nosotros de esto; bien sabemos cuánto tiene él ganado desde que entró en tierras de moros, que ha conseguido gran riqueza y que no puede dormir sin recelo quien va cargado de monedas. Cojamos nosotros estas arcas y metámoslas en lugar donde nadie las vea.

Y volviéndose a Martín Antolínez le preguntaron:

—Mas, decidnos, el Cid, ¿cuánto quiere a cambio y qué ganaremos nosotros por todo este año?

Replicó con prudencia Martín Antolínez:

—El Cid querrá lo que sea justo, os va a pedir poco por dejar su riqueza a salvo; como de todas las partes se le acercan hombres necesitados, necesita para ellos seiscientos marcos⁹.

Dijeron Raquel y Vidas:

—Con gusto se los daremos.

—Ya veis que entra la noche, el Cid está apurado, necesitamos que nos deis ya los marcos.

—No se hacen así los tratos, que primero hay que recibir y después dar —replicaron Raquel y Vidas.

—De acuerdo —dijo Martín Antolínez—, vosotros venid junto al ilustre Campeador y nosotros os ayudaremos, pues es lo justo, a transportar las arcas y dejarlas a salvo, de manera que no se enteren ni moros ni cristianos.

—De acuerdo estamos —respondieron Raquel y Vidas—, una vez traídas aquí las arcas, tomaréis los seiscientos marcos.

Todos de acuerdo, inmediatamente montaron a caballo Martín Antolínez con Raquel y Vidas. No pasaron por el puente, cruzaron por el agua, para que nadie en Burgos se enterase del asunto. Llegaron a la tienda del ilustre Campeador: en

⁹ *Marco*: cada marco equivalía a 230 gramos de plata o de oro, por lo que se trataba de una cantidad considerable.

cuanto entraron, al Cid le besaron las manos. Sonrió el Cid, y empezó a hablarles:

—Oh, don Raquel y don Vidas, ¿no os habréis olvidado de mí? Ya me marcho de esta tierra, pues he caído en la ira del rey; por lo que parece, tendréis algo de mis riquezas y no seréis personas necesitadas mientras viváis.

Raquel y Vidas le besaron las manos al Cid. Martín Antolínez ya había acordado con ellos que por aquellas arcas le darían seiscientos marcos y que se las guardarían, sin abrirlas, hasta final de año; lo habían jurado por su fe, así que si incumplían su juramento, cometerían perjurio, y, además, el Cid no les daría ni un céntimo del interés.

Dijo Martín Antolínez:

—Que carguen las arcas rápido, lleváoslas, Raquel y Vidas, ponedlas a salvo; yo iré con vosotros, para traer los marcos, pues el Cid ha de partir antes de que cante el gallo.

Deberíais haber visto qué gozo sintieron cuando cargaron las arcas, pues, aunque eran muy fuertes, no las podían subir sobre las bestias de carga. Se alegraban Raquel y Vidas con aquellos tesoros, pues se veían muy ricos para toda su vida.

Raquel le besó al Cid la mano:

—¡Oh, Campeador, que en buena hora ceñisteis la espada! De Castilla salís hacia tierras extrañas, ese es vuestro destino, grandes serán vuestras ganancias, os pido, Cid, como regalo, una hermosa pelliza¹⁰ morisca, forrada de seda roja.

—Así será —dijo el Cid—, tenedla por vuestra desde este momento: si no os la trajese, descontadla de las arcas.

De vuelta a su casa tendieron una alfombra en medio de la sala y sobre ella una sábana de hilo fino muy blanca. De una

¹⁰ *Pelliza*: la piel o la pelliza era la prenda de abrigo de la época y, por tanto, la que se colocaba encima del brial, o vestido, y debajo del manto.

sola vez echaron trescientos marcos de plata, que don Martín tomó sin necesidad de pesarlos; los otros trescientos se los pagaron en oro. A sus cinco escuderos don Martín los cargó con el dinero. Hecho esto, oiréis lo que dijo:

—Raquel y Vidas, ya están en vuestras manos las arcas; ya que os he hecho ganar un buen dinero, bien merezco unas calzas¹¹.

Raquel y Vidas se apartaron para hablar entre sí:

—Démosle un buen regalo, pues él nos ha conseguido este trato.

—Martín Antolínez, distinguido burgalés, vos lo merecéis, os daremos un buen regalo, treinta marcos para que os hagáis calzas, rica pelliza y buen manto. Merecido lo tenéis, pues se ha hecho un trato y vos nos conseguiréis lo que hemos pactado.

Lo agradeció don Martín, recibió los marcos y antes de salir se despidió de ambos.

Salió de Burgos y cruzó el Arlanzón, y llegó a la tienda del que en buena hora nació. El Cid lo recibió con los brazos abiertos:

—¡Ya habéis llegado, Martín Antolínez, mi fiel vasallo! Llegará el día en que pueda yo recompensaros.

—Vengo, Campeador, con todo bien arreglado; vos habéis ganado seiscientos marcos y treinta, yo. Mandad recoger la tienda y vayámonos pronto, que estemos en San Pedro de Cardeña al cantar el gallo; veremos a vuestra mujer, ilustre hidalga. Es necesario que acortemos la estancia y salgamos del reino, pues pronto se acaba el plazo.

Dichas estas palabras, el Cid y quienes lo acompañaban recogieron la tienda y se dispusieron a marchar de prisa, pero antes volvió el caballo hacia Santa María y santiguándose con su mano derecha, exclamó:

¹¹ *Calzas*: prenda masculina que cubre las piernas desde los pies hasta la cintura; se regalaba a quien mediaba en un negocio.

—¡A ti, Dios, que cielo y tierra guías, te lo agradezco; tus virtudes me protejan, gloriosa Santa María! Me voy de Castilla, pues el rey me destierra; no sé si volveré a ella en lo que me queda de vida. ¡Vuestra virtud me ampare, Gloriosa, en mi salida, y me ayude y me socorra de noche y de día! Si así lo hicierais y la suerte me fuera favorable, mandaré hacer buenas y



ricas donaciones para vuestro altar y prometo hacer que os canten mil misas.

Así se despidió aquel hombre justo con ánimo y firmeza. Todos soltaron las riendas y empezaron a espolear los caballos. Martín Antolínez, el burgalés, dijo:

—He de ver a mi mujer: tengo que aconsejarle sin prisa cómo deben actuar en mi ausencia. Si por eso quisiese el rey despojarme de mis bienes, no me importa. Antes de que asome el sol, con vos estaré.